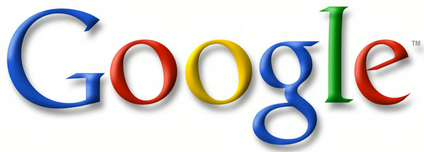



NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 08241791 0


NEW YORK PUBLIC LIBRARY

APUNTES

BIOGRAFICOS

DEL CIUDADANO

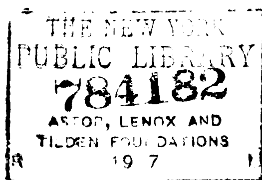
JESUS GONZALEZ ORTEGA.



MEXICO.—1861.

IMPRENTA DE MANUEL CASTRO,

Escalerillas núm. 10.


THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
784182
ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS

I.

Hay momentos en que las sociedades poseidas del vértigo revolucionario se lanzan al acaso, sin pensar de donde vienen, y sin preguntar á donde van.

Y entónces pierden los hombres su valor numérico, y la raza del presente se sacrifica sin piedad por conquistar alguna mejora y algun bienestar para la raza del porvenir.

Y entónces los sacrificios humanos no se miran como el sello de la barbárie de nuestros padres: bajo otra forma, son la imperiosa necesidad del momento; los partidos sacrifican á sus contrarios y los partidarios aplauden y cubren la frente de sus herées con el cruento laurel de la victoria en nombre de la humanidad, de la libertad y de la religion.

Esas crísis sociales que se llaman revoluciones tienen una marcha constante y un fin prefijado é invariable. Solo sí, que en algunos pueblos marchan como un torrente al cual no es posible poner dique, y su objeto final es de inmensos y grandiosos resultados.

En México por una anomalía muy notable no sucede así. La revolucion se enerva impunemente, y sus consecuencias son mezquinas é hijas de un cálculo frio y miserable.

Griten en enhorabuena los partidarios y los visionarios, diciéndonos que estamos equivocados. La revolucion entre nos-

otros no es un hecho consumado sino un principio en iniciativa. Dígalo sino la situacion que actualmente guarda el país.

Una revolucion, la de 57, triunfa sobre un poderoso contrario, no por sorpresa ni alevosamente, sino por la exuberancia de sus principios, y por lo espléndido de sus hechos de armas.

Y esa revolucion apenas pisó el palacio de los virreyes, desgarra su purísimo velo constitucional, profana los laureles de su victoria, y va á sentarse en el festin de la orgía en medio de los especuladores y los agiotistas, abdicando sus mas gloriosos títulos, y dejando escaparse de sus manos la guerra civil, que podia haber sofocado para siempre y que hoy impera de nuevo en la nacion.

Un gabinete lleno indesicion y falto de luces y energía fué la causa de todo.

Cuando se reunió el congreso, la situacion era ya desesperada.

La reaccion estaba estendida en guerrillas por todas partes.

El erario estaba agotado, y consumidos los millones del clero, la hacienda quedaba sumida en una vergozosa bancarrota.

La opinion pronunciada contra la actualidad.

Y lo mas grave de todo, la eleccion popular torcida en su esencia, lo que forzosamente debia dar por resultado la permanencia del mismo personal de mandatarios, lo que significa desprestigio, disgusto general y otra revolucion mas tarde.

El congreso entonces quiso dar á la marcha del gobierno una energía que en su mismo seno dificilmente encuentra.

Y como el propio resultado de su heterogénea organizacion, sus medidas son indesisas, vagas y llenas de inconsecuencia.

Y es que domina en su seno el elemento que precedió á su eleccion.

Y junto á la creacion de un comité de salud pública, inicia una suspencion de garantías, concediendo al gabinete lo que ántes le negaba.

Resultado final que el gabinete seguirá en su antigua marcha, sin que se haya logrado mas, sino que sean testigos de sus aberraciones los diputados del pueblo.

No hay duda, el vértigo está apoderado de todas esas cabezas.

Esto va á dar por resultado una crísis, un cambio, de esos que no se aguardan, y de los que no puede preeverse ni la forma ni el resultado.

O bien la revolucion maniatada en la capital de la República es vendida á la reaccion por los especuladores que se han apoderado de los puestos públicos.

O bien la revolucion vuelve á las manos primitivas, á los herées que la pasearon triunfante por el país y la hicieron por fin imperar en todas partes.

II.

"La reaccion no vuelve, está muerta para siempre,"

He aquí la creencia, lo que se dijo en todo el país despues de los sucesos de Navidad de 1860, y lo que se oye aun repetir algunas veces.

Poco conocen á México los que opinan de una manera tan alhagueña.

La reaccion vuelve porque tiene aun los elementos propios para crecer de nuevo y enseñorearse en el poder.

¡La Opinion!—Nuestra raza no tiene todavía la sólida y profunda conviccion de los principios de reforma, para que no haya aun infinitos partidarios de la religion de Zuloaga y Márquez.

La empleomania, y la vagancia cuentan bastantes partidarios que engruesen las filas de los descontentos.

Recursos!—Los pocos que le quedan al país son de los pronunciados, gracias á la tolerancia con que se les permite que roben las poblaciones, aun las mas inmediatas al centro.

¡Los intereses de la revolucion! He aquí el gran argumento de los optimistas.

¿Adónde estan, preguntamos, estos intereses?—La desamortizacion se ha sabido siquiera hacer para radicarlos en pro de la revolucion?

Se desamortizó en su mayor parte por especuladores incapaces de contener los avances de la reaccion.

Muchos de los redentores de capitales, lo han hecho despues de tácitas transacciones con el clero y con la conciencia.

La mayoria en masa tendrá que someterse y que aplaudir cuando la cruzada triunfante anule lo hecho, como el famoso decreto del héroe de Tacubaya que el clero se apresuró á colocar en sus templos al lado del Evangelio.

Y esos intereses desaparecerán como el humo, si es que para los mercaderes de las revoluciones no se presenta un nuevo campo en que negociar.

La reaccion puede volver, decimos, si es que no se cortan de raiz los elementos con que cuenta aun.

Afortunadamente detras de los hombres de la actualidad están los que comprendiendo la situacion, no han querido ir á arrastrar los timbres de su civismo en esa bacanal del palacio.

Y cuando el riesgo sea inminente, cuando amenaze caer al suelo el mal levantado edificio de la reforma, entonces los especuladores, los que se aprovecharon de los triunfos cuando habia pasado ya el peligro, tornando este, volverán á retirarse á la oscuridad de donde salieron, tal vez henchidos de oro, pero muertos para siempre ante la opinion pública.

Y el país cansado ya de sufrir la guerra civil, cambiando solamente de tiranos, volverá de nuevo sus ojos á los que vió entrar en Enero al frente del ejército libertador.

Y la mayoría de hombres de corazon, de luces y de providad que hay en la cámara, buscarán en los momentos del conflicto al candidato del país, al hombre que á sus talentos militares reuna la aptitud administrativa, la pureza en el manejo de los caudales, y el conocimiento de los escollos y dificultades de que está lleno el poder supremo.

Y llamará á ese hombre despues de ver la absoluta nulidad de sus antesesores y despues de convencerse que ella misma es incapaz de tomar las riendas del ejecutivo gracias á lo disímbolo de su composicion, cuya causa es sin duda la influencia ministerial de la eleccion.

En vano ha de querer prestar su omnipotencia y su energía al presidente Juarez: seria un cadáver galvanizado que al querer dar un paso, caeria de nuevo en su sueño eterno.

Previendo ese forzoso desenlace nos apresuraremos á presentar al hombre que reune, en nuestra opinion las cualidades requeridas.

Ese hombre, que todos creen conocer lo bastante, juzgado con la ligereza con que se jusgan en México á los hombres públicos, olvidados ya sus hechos durante la lucha de tres años, es apesar de todo esto el único que concreta hoy las esperanzas de la nacion.

Ese hombre es el C. Jesus Gonzalez Ortega.

Hombre nuevo, hijo de la revolucion, y lleno de los principios que esta proclama, ha tenido, apesar de su participio en el gabinete Juarez, la virilidad suficiente para no gastarse en esa crísis que ha nulificado á tantos otros.

Conocedores de su valor moral, y de su alta significacion como entidad política, presentamos hoy al país su biografia. Apesar de cuanto sobre su persona se ha dicho, los rasgos que

de él se han dado son ligeros, y su retrato no pasa de un cróquis incompleto: nosotros sí vamos á dar un cuadro entero tanto mas lleno de interés, cuanto que abarca la historia de la revolucion en su conjunto, haciendo resaltar hechos y sacrificios enteramente ignorados hoy.

No queremos ser hipócritas: no dirémos que estamos léjos del Sr. Ortega, que apenas nos conoce: mal podriamos hablar con exactitud de nuestro candidato. Pero sí protestámos que hemos tratado de ser imparciales y que ninguna ambicion personal guía nuestra pluma. Los que lean pueden juzgar mejor.

III.

El héroe de Calpulalpam, el hombre que el país entero cubrió de laureles por sus espléndidos triunfos sobre la reaccion, no cuenta sin embargo esos precedentes que dá una larga vida pasada en los campos de batalla, ó en las luchas diplomáticas.

Nació para la política del país cuando comenzó entre nosotros á presisarse el carácter de la guerra civil por la iniciacion de principios, cuando realmente comenzó á combatirse por la libertad y la mejora de México.

Hombre de ayer, tampoco trae una de esas fabulosas genealógias, con que se alhaga á los héroes y á los conquistadores.

Su orígen es humilde, y su cuna bastante oscura.

Hijo de unos pobres labradores, nació en la hacienda de S. Mateo del partido del Fresnillo, Estado de Zacatecas, el año de 1824.

Sus padres fueron D. Laureano Gonzalez y Doña Francisca Ortega. Y damos aquí sus nombres, porque debe ser grato al

Sr. Ortega, esta consignacion, tan sencilla pero tan dulce para el honrado demócrata que ha sabido lo que es valer por sí mismo, y que si estima los timbres de raza, será el primero y el fundador de la suya.

No pudo terminar el Sr. Gonzalez Ortega la carrera literaria que habia comenzado en Guadalajara, porque sus negocios particulares lo llevaron á Teul, donde permaneció algun tiempo.

Pasamos en silencio su juventud, esa dorada edad de la vida, cuando sin soñar siquiera en el porvenir que le aguardaba, ni en el papel que estaba llamado á desempeñar en su siglo, derramaba á torrentes en el sendero del placer esa fogosidad, ese ardimiento de su carácter que lo obligaban á desafiar toda clase de obstáculos y peligros por ir á entonar una trova de amores á los piés de la preferida del corazon.... porque esa impresionabilidad ante la belleza es uno de sus rasgos mas salientes.

Algunas de sus trovas vieron la luz pública entónces, y aun mas tarde, los periódicos de la capital las reprodujeron. En ellas dominan, el sentimiento mas ardiente y la ternura mas profunda.

Pero no eran esos los laureles que estaba destinado á ceñir. Su primer corona cívica, la conquistó en Zacatecas.

Habia estallado en Guadalajara el pronunciamiento por el plan del Hospicio, llamando á la República á D. Antonio Lopez de Santa-Anna. El Sr. Gral. Arista, vacilaba en la capital y estaba pronto á caer del poder por no querer trasgredir su órbita constitucional, y los Estados comenzaban á secundar el movimiento revolucionario.

El congreso y el gobierno de Zacatecas levantaron su acta de adhesion á favor de ese inicuo plan que nos trajo otra vez mas la dictadura militar,

El Sr. Ortega sintió entónces la primera chispa de entusiasmo por la causa de la ley y la libertad.

Sin ninguna autoridad y siendo un simple particular, se unió con el malogrado coronel D. José María Sanchez y Roman, y ámbos desarmaron una fuerza permanente que desprendida de Durango pasaba por Zacatecas é iba á auxiliar á los pronunciados de Guadalajara.

Entonces exita á las autoridades y al pueblo de la pequeña poblacion en que vivia y protesta contra la acta revolucionaria levantada en la capital del Estado, desconociendo á los poderes que de una manera tan inaudita trocaban sus títulos de legalidad por el odioso papel de revolucionarios.

Desgraciadamente faltó esa virilidad en todo el país, y este sucumbió sin luchar, ante el casí ridículo pronunciamiento de Guadalajara.

Establecida la dictadura, comenzó la opresion sistemática contra todo el que no humillaba la cérviz ante la faccion triunfante. En tal virtud se dió la órden para que se aprehendiera al Sr. Ortega é inmediatamente se le fusilara.

Su popularidad, y los inmensos amigos que tenia en Zacatecas lo salvaron, ayudándole á burlar la tenaz persecucion de que era objeto.

Triunfó al fin el plan de Ayutla, y el Sr. D. Victoriano Zamora, gobernador de Zacatecas, hizo al Sr. Ortega gefe político de Tlaltenango, hoy ciudad Sanchez Roman.

He aquí su primer paso oficial en la escena pública: de una órbita tan corta, salió para subir á lo mas alto del poder. El Sr. Zamora debe estar satisfecho de haber adivinado al hombre, y haber prestado tal servicio á su país.

Despues de haber servido algunos meses la gefatura, fué electo diputado al congreso constituyente de la Union, cuyo encargo no llegó á desempeñar.

En el tiempo que estuvo de gefe político reveló su aptitud administrativa, y la energía para el mando de que está dotado, pues apesar de la crísis por que atravesaba el país entero, en

aquella época, al comenzarse á agitar la cuestion religiosa, el Sr. Ortega supo tener á raya á los descontentos, usando ya de su caracter consiliador, ya de su inflexibilidad en puntos de deber.

Entónces tambien redactó en union del Lic. D. Juan F. Roman los periódicos intitulados el *Pobre diablo, y la Sombra de García*, periódicos notables por el vigor con que defendieron la causa democrática.

En 1857, fué electo diputado al congreso constituyente de Zacatecas. Al partir de su gefatura para la capital del Estado, el pueblo le manifestó el sentimiento con que lo veia alejarse. Esa aura popular lo acompañó al seno de la legislatura, donde su primer paso fué un proyecto de ley, que en aquella época hizo una profunda sensacion por los avances de su concepcion. Se trataba de las pastorales de los obispos, contra la constitucion y la ley Lerdo, que se leian en las iglesias. El Sr. Ortega solo vió en ellos unos folletos incendiarios, y propuso que no se dieran esos escritos á la publicidad sin el pase de la autoridad civil. El partido conservador tiene ya consignado en sus efemérides ese hecho que nosotros mencionamos, para hacerlo notar á los que llaman moderado al Sr. Ortega.

Con otros varios diputados redactaba en aquella época el "Guardia Nacional."

Llegó el funesto 17 de Diciembre de 1857. El gobierno de México habia dado su golpe de Estado, y el país entero se incendiaba previniéndose para la nueva lucha.

Esa célebre revolucion, en la cual muchos han visto una intriga conservadora, y uno de los autores de ella le atribuye una causa muy sencilla y casi accidental, no fué hija mas que de la tencion moral en que se encontraba la República. Un partido poderoso, el clerical, lleno aun de recursos y de adeptos, entre los que se alzaban dos ambiciones personales, un partido arraigado por una larga dominacion, combatia recur-

riendo á toda clase de armas, porque sentia que su viejo edificio comenzaba á ser minado por la base. El país por otra parte, resistiendo á la vez los efectos materiales de la lucha, comprendia que con la reforma incompleta nacida con el plan de Ayutla y mal interpretada por la constitucion de 1857, y por la ley de 25 de Junio, no podria jamas hacer cegar las fuentes de la guerra civil, tampoco concluir con el bandalismo que organizado en guerrillas azolaba nuestro suelo, y mucho menos dar á la República la organizacion social que debe tener segun su importancia geográfica ante la civilizacion y el adelanto del siglo XIX.

Debia pues resultar algo, y ese algo fué el motin de Tacubaya que elevando momentáneamente al poder al partido conservador dió por resultado el desarrollo mayor de la idea de reforma, planteando como hechos indestructibles, lo que antes. eran solo utopías.

Siempre la humanidad marcha por curvas, esa es su desgracia

Pero el motin de Tacubaya, no encontró desprevenido al pais. La coalicion, creada tiempo antes por el Sr. Degollado, sintió el choque eléctrico y se levantó en masa para repulsar la agresion. ¡Oh! si entónces hubiera agredido!

De Morelia partieron avisos para las demas capitales.

Inmediatamente que recibió el suyo, el Estado de Zacatecas reasumió su soberanía, la legislatura cerró sus seciones, dió al ejecutivo facultades estraordinarias, y dejó á su lado, con el carácter de consejo, una diputacion permanente, compuesta de los Sres. Lic. D. José María Castro, Lic. D. Francisco Parra y D. Jesus Gonzalez Ortega, protestando contra el golpe de Estado.

Como los demas Estados, mandó Zacatecas su contingente de hombres y recursos á la coalicion que ocupaba todo el interior hasta Querétaro.

En México, entretanto habia cambiado de forma el pronunciamiento de Tacubaya. Comonfort fué lanzado por sus propios

cómplices, y estos, contando á discrecion con el oro del clero, organizaron un ejército que rápidamente avanzó hasta el interior.

La desgracia de Salamanca, desgracia inesplicable hasta ahora pero cuya causa saldrá á luz mas tarde, desbarató como humo las esperanzas de la coalicion. El desórden cundió por todas partes, y el ejército reaccionario siguió su marcha ocupando casi sin resistencia las capitales de los Estados.

Entre tanto, habia renunciado el Sr. Zamora el gobierno de Zacatecas, entrando á succederlo segun un precepto constitucional el Sr. D. José María Castro.

Pero en el transcurso de un tiempo bien corto, la revolucion constitucional habia reparado algo sus pasadas pérdidas, y su ejército habia tomado en Ahualulco una posicion imponente.

El éxito empero no correspondió á las esperanzas, y otra vez mas alcanzó el gefe reaccionario una victoria tan inesperada como tan incalificable.

La situacion de los Estados, pero la del de Zacatecas sobre todo, era desesperada. El Sr. Castro renunció á su vez, recayendo la gobernacion en el segundo consejero, el Sr. Parra, quien no pudiendo tampoco sostener órden alguno gubernativo, renunció tambien cinco dias despues de haber tomado poseccion.

Segun trámite legal, el Sr. D. Jesus G. Ortega, tomó entónces el gobierno del Estado á su cargo.

Si sucesos de alta importancia no fueran á ocupar de preferencia nuestra pluma, nos detendríamos á pintar los detalles de la situacion en que el Sr. Ortega subió á la gobernacion de Zacatecas: la legitimidad de ese acto fué discutida entónces por su antecesor. Nosotros no decidimos, pero solo mencionamos que en los momentos en que el partido liberal, la guardia nacional y la poblacion veían perdido todo, y al gobernador Parra en completa inaccion esperando solo que se acercara el ejército triunfante de Ahualulco para entregarle todo sin salvar un solo elemento de guerra, y dejando la autoridad en

manos de estranjeros, si se exijió la dimision del Sr. Parra haciendo recaer el nombramiento en la persona del Sr. Ortega, no se hizo mas que sembrar la semilla de donde debian brotar mas tarde las glorias de Peñuelas, Silao y Calpulalpam.

Jamás se han salvado los países con un trámite, y las leyes nunca son las fórmulas.

Hasta ahora hemos visto los prelíminares, hechos pequeños si se quiere, pero que era sin embargo, preciso enarrar para no dejar incompleto el cuadro que trazamos.

Pero el interés crece: vamos á entrar en esa lucha de Titanes, que solo por ingratitud no se ha vuelto ni á mencionar casi por la prensa, desde que se ocupó la capital de la República. Por eso México no tiene glorias, porque no tiene historiadores, cuando abundan en nuestro suelo y en las distintas faces de nuestras luchas intestinas y estranjeras la abnegacion, el valor, el patriotismo y el heroismo.

IV.

Al momento que el Sr. Ortega tomó posesion del gobierno, reconoció como centro de toda operacion militar, al Exmo. Sr. D. Santos Degollado, como único representante del gobierno nacional.

A los quince dias habia organizado completamente una fuerza de mil hombres de las tres armas, y elaborado parque, pues no habia un solo cartucho puesto que en la precipitada salida del Sr. Castro, se habia arrojado todo en los fosos de la ciudad.

Para salvar los elementos de guerra, que habia creado el Sr. Ortega, evacuó la ciudad al aproximarse el ejército vencedor de Ahualulco con fuerzas muy superiores y con un inmenso tren de artillería.

Se trataba de ir á Guadalajara para cooperar á la toma de la plaza, cuando una órden del Sr. Degollado previno al Sr. Ortega que permaneciese en el Teul. Entonces quiso el gobernador de Zacatecas juzgar por sí mismo de la situacion y marchó solo y rápidamente á Guadalajara, de donde volvió lleno de fé y entusiasmo por la causa que defendia.

Mandó su fuerza al puente de Tolotlan para que se uniera con las del Sr. Degollado, y con algunos artilleros y empleados se dirijió á la capital del Estado, libre en aquel momento de la presencia del ejército reaccionario.

Entónces mostró lo que vale como hombre de buena administracion, de energía, actividad y aptitud organizadora.

Pagó los compromisos de dinero que reportaba el erario, y organizó nuevas fuerzas para repeler las gavillas reaccionarias que merodeaban en las pequeñas poblaciones del Estado. Dió á la vez sus tres célebres decretos que caracterizan tan plenamente á su autor.

Fué el primero su ley sobre ladrones sujetándolos al juicio ejecutivo por jurado, y al castigo inmediato, prohibiendo á la vez que los gefes militares exigiesen caballos y dinero sin órden superior.

Para los gastos de la guerra, no queriendo hacer pesar tan fuertes y númerosos subsidios sobre los pueblos, hace que los que reconocen capitales piadosos rediman el 20 p.°/o de ellos á favor del erario.

Impone severas penas contra los empleados y particulares que ausilien ó sirvan al llamado gobierno de Zuloaga. Suprime las oficinas inútiles, suspende con mano vigorosa y enérgica á los empleados ineptos ó de manejos no muy puros sin atender á su categoría, levanta en fin por todas partes el crédito del gobierno, la confianza nace, y como resultado inmediato, recoje gruesas sumas de dinero para las atenciones de la revolucion.

A los dos meses de su administracion comienza á descollar como un hombre de mérito real, siendo la confianza de los Estados vecinos y la garantía del suyo.

Vienen los desgraciados sucesos de San Joaquin. El ejército federal queda hecho pedazos y algunos restos de las fuerzas de Jalisco al mando del Sr. Herrera y Cairo, hoy diputado al Congreso general, y algunas tropas que habia salvado el Sr. Coronado en Poncitlán entraron á Zacatecas.

D. Joaquin Miramon marchaba entretanto sobre la capital del Estado al frente de 2.000 hombres, de los vencedores en las barrancas. El Sr. Ortega con la poca tropa permanente que habia allí y la guardia nacional, intentó salvar la ciudad, y sale fuera de sus muros aunque solo tenia algunas cargas de parque.

Todos los liberales que rodeaban al gobierno vieron aquel plan como un absurdo irrealizable. El Sr. Lerdo y Sr. D. Leon Gusman que se encontraban allí, se dirigieron al Fresnillo creyendo indudable la pérdida de la plaza.

La fé y la confianza acompañan siempre las grandes empresas, y el Sr. Ortega cree en su causa y espera mucho de ella. Se lanza á las calles, perora al pueblo, lo entuciasma, y se lanza á su frente fuera de la ciudad á esperar al enemigo.

Llega éste al fin á una legua de la ciudad, el gobernador que solo contaba con 700 hombres organizados en tres dias, le presenta hoy un ejército, una masa de diez mil hombres que durante dos dias, sin mas armas que cuchillos y piedras, se bate con una division perfectamente organizada y altanera con sus pasados triunfos.

Dia y noche durante aquellas 48 mortales horas de ansiedad y lucha, recorre el Sr. Ortega las filas, alienta á los soldados, entusiasma al pueblo y no descanza hasta que el enemigo aterrado con aquella resistencia que no esperaba huye, derrotado en el silencio de la noche dirigiéndose á Aguascalientes.

El Sr. Coronado despues de haber cooperado al triunfo, se retira con sus fuerzas para Durango.

Doce dias despues habia levantado una brillante division el Sr. Ortega, reuniendo las partidas dispersas de Nuevo Leon, la que se dirigió á seguir al enemigo rumbo á Aguascalientes, á las órdenes del Sr. Quiroga, cubriéndose de gloria en la accion de Rincon de Romos.

Toma el mando de la divison el Sr. Quiroga y ocupa á Aguascalientes, se une al Sr. Degollado, marchan sobre Guanajuato y tambien lo ocupan.

En Zacatecas no habia quedado fuerza alguna.

El ex-general Patron que lo sabe, invade el Estado al frente de una brillante brigada, compuesta de mas de 800 hombres.

Las autoridades y la poblacion proponen á su gobernador que se llame á las fuerzas que habian salido incorporadas á las del Sr. Degollado. El Sr. Ortega se niega y se propone salvar la ciudad con solo la fuerza de su voluntad.

Recurre al pueblo; ese es su gran recurso, porque el pueblo y el hombre de génio se comprenden. El pueblo siempre decidido por la causa de la revolucion, obsequia la apelacion, se presenta en masa y se arma.

La fuerza improvisada sale de la ciudad á las órdenes de otro jefe, porque las autoridades insistieron en que el Sr. Ortega permaneciera en la capital. Quizá dudaban del resultado y querian salvar siquiera al hombre en quien tenian esperanza, y cuya pérdida seria irreparable.

Pero apenas habia marchado un poco, tuvo la fuerza que replegarse á la ciudad porque habia encontrado al enemigo á sus puertas.

Entonces el Sr. Ortega no escucha consejos y se pone al frente de ellas. Sale al encuentro del enemigo, y éste se retira esquivando el combate: tenia muy fresco aún el recuerdo de la derrota de Miramon.

Entonces el Sr. Ortega deja su artillería y sus infanterías, y al frente de ochenta caballos persigue al enemigo durante cuarenta leguas, teniendo pequeñas escaramuzas á cada hora y cada vez que el terreno lo permitia. Si en la defensa de la ciudad hubo heroismo, en esta persecucion con una simple escolta á una fuerza de 800 hombres, hubo locura, vértigo, un no sé qué incalificable.

Ocupa el enemigo á Valparaiso. Algunas horas despues llega el Sr. Ortega á las orillas de la poblacion. La noche era sumamente oscura.

Aprovechando esta circunstancia el Sr. Ortega, á pesar de la opinion de los jefes que le rodeaban y que no comprendian aquella temeridad, divide su fuerza en pequeños grupos, circunvala la poblacion, y al toque del clarin que llevaba cada fraccion, rómpense los fuegos.

El enemigo se cree sorprendido por una fuerza mayor y abandona precipitadamente la poblacion, internándose en el Estado de Jalisco. Aquel puñado de héroes ocupan á Valparaiso.

La locura siguió mas allá. O tal vez Ortega creia que la revolucion se debilitaba con las continuas derrotas que sufrian por otras partes las tropas liberales, y que solo á fuerza de audacia podria recobrarse el prestigio perdido.

Sigue al enemigo, que aunque desmoralizado cuenta con mayor número de hombres, y á los dos dias se avista con él.

Cuantos rodeaban al gobernador de Zacatecas, entre ellos el Sr. D. Refugio Vazquez, que hoy ocupa un asiento en la cámara, insisten en que no se emprenda el ataque, pues la derrota era indudable. La sed de gloria hace mucho, y Ortega insiste en su proyecto. Solo encarga á sus amigos, que si sucumbe en el campo, el Estado de Zacátecas adopte y eduque al único hijo que tiene. ¡Santo y tierno legado hecho en la suprema hora del peligro!

Los fuegos se rompen. Encarga sus pequeñas fuerzas á los jefes que combaten á su lado, entre ellos el capitan D. Jesus Sanchez Roman, hoy coronel del 1. ° de Lanceros. Con unos cuantos hombres manda cortar audazmente el cargamento del enemigo que conducia el parque. Los soldados vacilan ante la superioridad del número; su jefe se lanza casi solo sobre el enemigo firme y sereno en medio de aquel horrible fuego: se alientan los soldados, lo siguen, y una hora despues queda dueño Ortega del campo entero, se apodera de todos los pertrechos de guerra, y hace un considerable número de prisioneros.

Estos son conducidos á la capital del Estado para que fueran juzgados.

V.

Entre los prisioneros estaba D. Manuel Ignacio Lópes, hombre de influencia en el Estado de Zacatecas y que habia desempeñado en él altos puestos.

El Sr. Ortega habia sido su íntimo amigo durante muchos años, y la amistad que se profesaban se hacia cada vez mas profunda y mas tierna: eran dos hermanos no dos amigos, y ningun interés habia separado jamás aquellos dos sentimientos que tan perfectamente se adunaban el uno con el otro.

El tribunal revolucionario condena á muerte al Sr. López, y el fallo es, segun la ley, inapelable.

La sociedad entera de Zacatecas se conmueve, los hombres mas influentes del Estado y de todos los colores políticos se lanzan al palacio, rodean al Sr. Ortega, le piden el indulto del reo, insisten y suplican.

La guardia nacional, hechura del gobernador, y á la que es-

te distingue tanto, personas de la familia del Sr. Ortega, infinidad de señoras, todos á una voz piden el perdon del sentenciado á muerte.

Pero la ley es superior al hombre y su decision es suprema, ningun poder humano puede trasguedirla, ni esquivarla. Mientras la ley existe es inviolable, y lo que sea salirse de ella es destruirla, es romper todo lazo social, y el gobernante que tal hace es un criminal, es un hombre de pasion indigno del puesto que ocupa.

El Sr. Ortega se negó á dar el indulto y mandó que se ejecutara la sentencia.

Tres dias duró aquella horrible lucha: Ortega amaba profundamente á aquel desgraciado, y en su corazon levantaban el grito los afectos mas tiernos: la conciencia del deber habló empero mas alto.

Llega en esto al palacio una carta de López, dirigida á su compañero de infancia. Ortega con los ojos húmedos, y la voz vacilante por la emocion lee en voz alta aquellas sentidas letras. ¡Sublimes palabras son las que lanza un hombre cuando llega á la orilla de la tumba!

Ortega se dirije á la prision de López.

Apenas se ven ambos amigos se abrazan y lloran juntos.

Entónces pasó entre aquellos dos hombres uno de esos diálogos que se debilitan reproduciéndose, idioma único, impalpable, terrible, que tiene su fuerza en la idea, en el jesto, en el acento, y en la situacion. Uno de ellos iba á morir, el otro podia arrancarlo del cadalzo, y llevarlo ileso, lleno de vida y de porvenir á los brazos de su esposa, y en medio de la sociedad que lo pedia.

Pero la ley estaba allí, siempre inflexible, siempre invariable en su fallo. ¿Por qué el poderoso habia de esquivarla, y el hombre obscuro y aislado habia de sufrir todo su rigor?

La hora llegaba de marchar al suplicio.

López agotaba los recursos de la amistad en su espresion mas vehemente para obtener el perdon.

El Sr. Ortega arrebatado. frenético por aquella tencion moral tan horrible, le dice:

—Pues bien, no soy yo quien te condena, ni yo puedo tampoco salvarte. Si despues de haber llenado de sangre y luto á la sociedad por sostener con una guerra sin cuartel, ese motin de Tacubaya tan carente de principios, tan lleno de ambiciones personales y de crímenes: si no tienes el valor suficiente para morir, yo pondré por tí mi pecho á las balas. Admita la justicia la sustitucion, por absurda que sea, pero satisfágase la vindicta pública.

López abraza á su amigo y llora algunos instantes. Se repone al fin, levanta su frente ya mas tranquila, encarga al Sr. Ortega su esposa, su hijo y sus intereses, y se despide de él para marchar al suplicio.

Media hora despues se oyó una descarga: todo habia concluido.

Ortega la oyó desde palacio donde estaba rodeado de todos sus amigos; ni un músculo de su rostro se contrajo, ni el mas leve movimiento reveló su emocion.

Se habia cumplido con la ley.

Este es, repetimos de nuevo, el hombre que se acusa de moderado y débil!

El hecho que acabamos de relatar responde victoriosamente esa ruin acusacion, tan ruin, como que ha salido del palacio nacional de Méjico, de esa cueva de especuladores.

¡Y quienes hablan de falta de energía, de impotencia y debilidad!

Otro rasgo mas.

Miramon va por segunda vez á consumirse en ataques inútiles contra la plaza de Veracruz.

Los Sres. Degollado y Zaragoza sitian á México y estorban la salida de los recursos que debia remitir la reaccion para el Oriente.

Una parte de las fuerzas que llevan estos dos infatigables demócratas la ha organizado el Sr. Ortega. No habia por lo tanto un solo soldado en Zacatecas.

El Sr. Ortega con una rápidez y actividad asombrosas levanta una hermosa division de cerca de dos mil hombres, y sale para ir á protejer al Sr. Degollado, que permanecia en Tacubaya.

Pero en Irapuato sabe los desgraciados sucesos de Abril, y el cruento sacrificio que sin respetar la juventud, la ciencia y la humanidad habian consumado los reaccionarios: escucha con indignacion la noticia de las ovaciones que el clero ha tributado á los asesinos de Tacubaya, entonando un sacrílego Tedeum y engalanando sus templos.

Inmediatamente manda aprehender al clero de Irapuato, le hace vestir la blusa y lo incorporó á las filas de su ejército. Protestaron los clérigos contra el acto y el Sr. Ortega les contestó que era preciso que ese clero que predicaba y santificaba el derramamiento de sangre, supiera personalmente lo que era la guerra civil: quizá así se haria prosélito de la paz; el egoismo era en el caso el mejor consejero.

Llegan los restos del ejército derrotado en Tacubaya, conduciéndolos el Sr. Zaragoza. Convienen este ilustre gefe y el Sr. Ortega en marchar al encuentro del ejército reaccionario que vencedor venia á recobrar las poblaciones del interior.

Pero las ambiciones personales vinieron á dividir á los gefes y el plan no pudo realizarse. D. Santiago Vidaurri quiere que las fuerzas de los Estados se pongan á las órdenes del general Zuazua, y que de no hacerse así mandaria retirar las de Cohahuila y Nuevo Leon que operaban en el interior. Ortega rechaza con dignidad tan injustificable tutela; pero no quiere

comprometer la causa de la libertad. Llama á Zuazua y le entrega todas las fuerzas, quedando como un simple particular.

La rivalidad sigue adelante. Zuazua quita á Ortega de donde podia conquistar alguna gloria, y le encarga lo mas odioso sacar recursos para el ejército. Este Sr. acepta porque solo desea servir á su causa y á su patria.

Llegan á Guanajuato: las avanzadas se baten ya con el enemigo. Zuazua entonces insiste en la cuestion de recursos, pide grandes sumas, y el Sr. Ortega viendo lo comprometido de la situacion se presenta en la casa de moneda, exige, con cuanta caballerosidad es posible, algunos fondos de particulares que sabe existen en ella, girando su importe sobre el gobierno general residente en Veracruz, y protestando de una manera solemne que serian pagados en aquella plaza con el interés correspondiente, ó en Zacatecas con todos los productos del Estado.

La suma estraida la puso íntegra en manos del Sr. Zuazua. Inmediatamente este señor se retira del frente del enemigo, se dirige rumbo á San Luis, y remite una fuerte cantidad de dinero para Monterrey.

Ortega indignado manifiesta á Zuazua, que estan haciendo un papel de bandidos, que era muy indigno despues de estraer el dinero, distraerlo de su objeto y esquivar la batalla. Se retiró al punto para Zacatecas.

VI.

Nos acercamos ya á esa sublime epopeya que comenzó en Peñuelas, y terminó en Calpulalpam. Pero dejariamos incompleto nuestro cuadro histórico si no relataramos, aunque rápidamente, los preliminares de esa serie no interrumpida de hechos heróicos.

El Sr. Degollado vuelve de Veracruz, representante de la legalidad, y encargado del mando supremo. Zuazua quiere desconocerlo, usurpar su lugar haciéndose ilegalmente jefe del ejército liberal. Pero Ortega, no obsequia las órdenes que este señor le dá, se pone á las del Sr. Degollado, y protesta que defenderá la legitimidad con su influjo y con su espada.

El gobernador de Zacatecas, cree que ha llegado el momento de iniciar las leyes de reforma, y lo hace en su Estado y hasta donde le es posible en su órbita.

Declara propiedad del Estado los bienes del clero, exclaustra á los frailes y establece el matrimonio civil. Y esto lo hacia no en medio del apoyo moral de una victoria, si no recientes aun los funestos desastres de Tacubaya, y cuando la reaccion paseaba aun sus sanguinarios soldados por todas partes llevándo por donde quiera el saqueo y el cadalzo.

La conmocion fué terrible; pero Ortega con su enérgica voz perora al pueblo, lo calma, lo domina y se hace dueño de sus impresiones y sus arrebatos: como orador de improvisacion, en los momentos del motin y el furor popular, el Sr. Ortega, tiene pocos rivales.

La tranquilidad se conserva en el Estado.

Los preparativos para la guerra siguen cada vez con mas actividad. Se obtienen gruesas sumas de dinero sin estorcionar al comercio ni á los particulares, se compra armamento, se equipan las tropas y se elaboran proyectiles y parque. Con las campanas de los templos, se funden cañones.

La ley de conspiradores sigue aplicándose en todo su vigor, y los que intentaron un motin á las goteras de Zacatecas, en la Villa de Guadalupe, á consecuencia de la salida de los frailes, fueron aprehendidos y pasados inmediatamente por las armas.

Llega en esto la época en que segun la constitucion política del Estado debia cesar el Sr. Ortega en sus funciones de gobernador. La poblacion entera que vé en este ilustre demócrata su garantía y salvacion, el partido liberal que comprende que no tiene sustituto, se oponen enérgicamente á su salida del gobierno.

Pero el Sr. Ortega siempre ha obsequiado la ley, y ni sabe ni quiere hacer otra cosa.

Reune á la legislatura y deposita en su seno el mando. La legislatura por unanimidad lo nombra gobernador constitucional del Estado.

Una nueva entidad aparece entonces en la revolucion. El Sr. Doblado consigue escapar de manos de la reaccion y se presenta en los pueblos del interior.

Doblado, el hombre de los altos cálculos, el hombre hábil por exelencia entre nuestros políticos, el que por la presicion de su lógica detalla la marcha de los sucesos futuros, llegaba sin embargo, á presentarse ante el partido liberal, perdido su prestigio y sospechado en la pureza de sus trabajos revolucionarios. Los partidos son ligeros para juzgar.

El Sr. Degollado, lo nombra general en gefe de las fuerzas de Guanajuato.

El Sr. Doblado, comprende que la figura mas eminente de la revolucion, que el hombre de importancia en el interior es el Sr. Ortega é inmediatamente se pone en contacto con él, por medio de comisionados.

Aquellas dos inteligencias se comprenden. El Sr. Ortega, que no vé allí las mezquinas ambiciones de los que hasta entónces no habian hecho mas que enervar la lucha, pone á las órdenes del Sr. Doblado una de las brigadas de Zacatecas.

Pero desgraciadamente el Sr. Doblado tenia, no que reparar una conducta pasada, sino que acallar la maledicencia que se levantaba en su contra, y quiso hacerlo á fuerza de audacia y de valor, esa otra cualidad que posee en alto grado.

Esa imprudencia, porque francamente lo fué, trajo un resultado contrario, y las fuerzas unidas de Guanajuato y Zacatecas sufrieron un fuerte revez en las inmediaciones de Leon.

Ortega, no piensa como la mayoría; y en esta derrota no vé mas que uno de los azares de la guerra. Inmediatamente, sin sospechar un solo momento de las intenciones ni de la aptitud del Sr. Doblado, pone á sus órdenes y le manda otra brillante brigada perfectamente equipada, artillería y parque.

Con ella obtuvo el Sr. Doblado, la brillante victoria de las Animas que le abrió las puertas de Guanajuato.

Zacatecas entretanto estaba desguarnecida, y el ex-general Woll, al frente de una fuerte division se dirige á ocuparla. El llamado gabinete de México queria á toda costa cegar esa fuente de donde brotaban tantos y tan frecuentes recursos para la revolucion.

El Sr. Ortega, que no tiene ni una pequeña fuerza que oponer al invasor, evacua la capital salvando un inmenso tren de guerra y depósitos. Se retira á una de las poblaciones del Estado adonde lo siguen el pueblo en masa y millares de familias.

Un poco mas tarde los sucesos del bajío hicieron á Woll desocupar la ciudad.

Pero en la Estancia de las Vacas sufre una plena derrota el ejército constitucional, perdiéndose los elementos y las fuerzas de todos los Estados.

Woll entonces regresa á Zacatecas á la vez que el Sr. Ortega, que lo ignoraba, se aproxima tambien.

A las puertas de la ciudad casi se encuentra con el enemigo. Intentó entonces salvar las pocas fuerzas que le quedaban y los vastos elementos de guerra que conducia, y lo consiguió haciendo una retirada tan hábil como honrosa. Todo lo puso en salvo sin perder un hombre ni una carga.

El enemigo con mas de mil caballos, batallones bien organizados y su brillante tren de artillería lo sigue rápidamente.

Llegaron hasta ofrecerle garantías que el Sr. Ortega, apesar de lo difícil de su situacion, rechaza indignado.

Los quinientos hombres que lleva se desmoralizan: buenos, valientes y constantes demócratas que lo habian acompañado lo abandonan, porque todos creian irremediable el triunfo de la reaccion.

La persecucion siguió durante cuarenta leguas. Habia recorrido esta distancia, enorme para quien tenia que llevar un tren tan considerable y tan pocas fuerzas con que cuidarlo, cuando recibe una carta en que se le advierte que abandone todo y se salve pues el enemigo estaba ya á muy pocas leguas é iba dispuesto á hacer un espectáculo sangriento.

Firmaba esta carta el Sr. D. Francisco J. Belaunzarán.

El Estado mayor del Sr. Ortega ha oído el contenido de la carta. Pero este señor exige á sus ayudantes bajo su palabra de honor que conserven el secreto de aquella noticia.

Emprende su marcha para Durango y el enemigo lo alcanza en Sombrerete, sin atreverse á atacarlo. Continúa hasta la hacienda de la Concepcion adonde llega en la noche recorrien-

do así perseguido sesenta leguas, y sin perder nada de su tren compuesto de cien carros y quinientas acémilas cargadas de parque.

En la madrugada del dia siguiente ataca el enemigo con sus caballerías y á los pocos minutos la lucha era encarnizada.

Una compañía de las infanterías de Zacatecas, mandada por el valiente jóven Alcantar, se interna en el bosque sin órden alguna del gefe y llevada de su entusiasmo.

El Sr. Ortega vé que van á ser envueltos. Encarga el campo al Lic. D. Miguel Auza y parte á perecer con ellos acompañado de diez dragones. Se bate á quema ropa con el enemigo y salva á sus valientes soldados.

El Sr. Ortega continúa retirándose y combatiendo, arengando á los soldados, conteniendo á los que comienzan á dispersarse, hasta que al fin en uno de los accidentes del terreno mejora en posicion y hace retroceder á cañonazos la caballería enemiga.

Wol contramarcha para Zacatecas y el Sr. Ortega, entra á Durango sin perder un cartucho.

Entretanto el señor gobernador de Aguascalientes D. Jesus Gomez, diputado hoy del congreso general, reune las fuerzas de su Estado y las pocas que habian quedado diseminadas en el de Zacatecas y en compañía de Sr. García de la Cadena, tambien diputado hoy, atraviesa centenares de leguas entre las serranías y llega á Durango á poner sus tropas á las órdenes del Sr. Ortega.

Este señor se encuentra así al frente de mas de dos mil hombres: necesita para ellos recursos. Los pide al cabildo eclesiástico de aquella ciudad, haciéndoles presente que siendo esos bienes la causa única de la lucha actual deben emplearse en ella de preferencia, respetando los de los particulares. El cabildo despues de algunas conferencias, con el Sr. Ortega ofrece dar veinte mil pesos.

Pero al dia siguiente no habia cabildo, los que lo componian se habian ocultado.

El Sr. Ortega jamás se detiene ante un obstáculo, cualquiera que sea su magnitud y su forma, cuando mas adelante vé un bien para su causa y para su país; manda abrir la catedral, estraer cuanta plata y oro contiene, y dispone su acuñacion.

Entonces marcha sobre Zacatecas.

Pronto encuentra al enemigo y sin comprometer sus infanterías y su artillería, al frente de cuatrocientos caballos, lo replega sobre el Fresnillo, lo sigue allí, ocupa la poblacion y lo hace huir hasta Zacatecas apesar de sus dos mil hombres y su respetable tren de artillería.

El ex-general Velez se desprende entonces de San Luis con una fuerte division para socorrer á Zacatecas. El Sr. Ortega que lo sabe se retira, evacuando el Fresnillo.

Pero el Sr. Garza ataca á la vez la plaza de San Luis y Velez tiene que contramarchar al punto de donde habia partido.

El Sr. Ortega se dirige, al saberlo, sobre Zacatecas, y en las puertas de la ciudad se encuentra con el enemigo, en número de mas de dos mil hombres con nueve piezas de artillería. Las fuerzas constitucionales solo se componen de cuatrocientos caballos.

Al punto se rompen los fuegos. El Sr. Ortega pone fuera de los fuegos de artillería la caballería, la que desfila sin embargo aprovechando un accidente del terreno. Uno de los gefes reaccionarios, D. Jesus Malo, carga entonces al frente de mil caballos.

Pero las tropas liberales estan fuera de los tiros de cañon. Al punto el Sr. Ortega dispone que marche por uno de los flancos un escuadron al mando del Lic. García de la Cadena, y él mismo personalmente dispone con el resto de la fuerza un triángulo. El enemigo llega tiroteándose con la avanzada constitucional que conduce el coronel Sanchez Roman y que

se bate en retirada: el Sr. Ortega cierra el ángulo de sus filas. el enemigo queda envuelto y á los diez minutos sus mil caballos completamente derrotados.

Este triunfo abrió á las fuerzas constitucionales las puertas de Zacatecas. A los pocos dias todo este Estado, lo mismo que el de Aguascalientes estaban ocupados.

Otra lucha mas difícil, y de resultados mas vitales para la revolucion y la patria comenzó entonces.

Los liberales fronterizos y sobre todo el gobierno de Nuevo-Leon, creian que el gabinete de Veracruz en vez de llevar siempre adelante y victoriosa la bandera revolucionaria, enervaba los triunfos, causaba las derrotas y con sus vacilaciones y torpezas administrativas llenaba de odiosidad y desprestigio la causa constitucional. Se trataba pues, de remediar el mal.

En tal virtud se escribió al Sr. Gonzalez Ortega proponiéndole el establecimiento de otro poder estraño á la constitucion. El gobernador de Zacatecas, ni siquiera contestó la invitacion.

Pocos dias despues se le presentan unos comisionados. Se insistia en la idea, y la recomendaban personas que por su patriotismo, sus luces y su valor, tenian una alta posicion en el bando liberal y su opinion debia ser tan respetable como significativa: tales eran los Sres. Hinojósa y Quiroga. Mas aun, el comisionado era D. Leon Guzman, hoy ministro del Sr. Juarez.

El Sr. Ortega manifestó á este señor que comprendia que su amor á la causa y el deseo de terminar la presente lucha eran los únicos móviles de aquella propuesta. Pero que la desechaba porque era altamente ilegal, y á la vez perjudicial á la causa. Romper en aquellos momentos la bandera de su legitimidad era un suicidio político, que daria por resultado la escision del partido liberal, y escision á mano armada la mas peligrosa de todas.

E inflexible en sus opiniones, protestó que no prestaria su

nombre al cambio que se intentaba y que apoyaria al gabinete de Veracruz.

Caballerosamente despidió al Sr. Guzman, y las cosas quedaron bajo el mismo estado que antes.

El Sr. Ortega obró quizá en conciencia y con tino: pero nosotros creemos que se equivocó. Y es que él veía en esta vez la ley en la fórmula y creía que la legitímidad estaba en una persona. Nosotros no pensamos así.

Creemos, y tal vez lo mismo opinaba el Sr. Guzman, que los títulos que trae la revolucion no son constitucionales: vienen de mas allá, son anteriores á la constitucion y esta es hija no generadora de ellos. Esos títulos son la libertad y la reforma en su espreccion mas lata y en su mas amplio desarrollo: la constitucion y todas sus emanaciones son modos de ser, son si quiere la espresion de una de sus faces. Pero desde el momento en que esa suprema ley de 57 y cuanto á criado, dejan de llenar el campo revolucionario, son ya mezquinas fórmulas convertidas en trabas y degeneradas en obstáculos que deben hacerse á un lado.

Pero somos simples enarradores: la posteridad juzgará al Sr. Ortega y nada importa que condenemos su conducta de entónces, tanto mas cuanto que tiene por escudo la terrible barrera de la ley y el deber.

Habia pasado el último asedio de Veracruz: por la segunda vez habia ido á estrellarse el gigante poder del clero contra las invictas murallas de aquella ciudad. Disipado el conflicto, pensó el gabinete constitucional en la guérra del interior y nombró al Sr. Degollado otra vez general en gefe del ejército liberal.

El Sr. Ortega lo reconoce, le ofrece sus fuerzas y los recursos de su Estado, y esto cuando el partido constitucional temblaba ya ante la notoria desgracia que perseguia á aquel ilus-

tre caudillo. El Sr. Degollado, oficialmente, reconoce al Sr. Ortega como el mas firme apoyo de la legalidad.

Despues de conferencias inútiles habidas entre el Sr. gobernador de Zacatecas y los señores Hinojosa y Garza se decide atacar las fuerzas que habia en San Luis.

Emprende en efecto su marcha á la vez que D. Romulo Diaz de la Vega manda reforzar las fuerzas de Ramirez quien se habia replegado al aproximarse las fuerzas de Zacatecas.

El Sr. Ortega manda una fuerza de caballería para que vigile los movimientos del enemigo. El gefe que la mandaba se sale de la línea que se le habia demarcado y el ejército liberal es sorprendido la mañana del 13 de Marzo de 1860.

Cuando nuestras avanzadas descubrieron á las tropas reaccionarias estaban estas ya en las inmediaciones de Salinas, en cuya poblacion tenia su cuartel general el Sr. Ortega.

Inmediatamente este señor forma su campo á las orillas de la poblacion y lo encomienda al mayor general D. Francisco Alatorre.

Se rompen los fuegos y nubes de humo y de metralla barren las filas, y en medio de ellas recorre el Sr. Ortega la línea animando á los soldados, y volviendo á ella personalmente y con espada en mano á los batallones que vacilaban y retrocedian ante la superioridad de la artillería de los enemigos.

La muerte del valiente y malogrado coronel D. José María Sanchez Roman gefe de una de las líneas principales dió la victoria al enemigo. El Sr. Sanchez Roman era hermano político del Sr. Ortega.

Este señor sale del campo con el último infante, se bate en retirada, salva la mitad de su artillería y el enemigo no da un paso mas allá del lugar de su victoria.

El Sr. Ortega pierde de nuevo á Zacatecas.

La desgraciada derrota de Salinas no acaba con el prestigio del héroe zacatecano. El señor gobernador de Aguascalien-

tes y el Sr. Uraga le ofrecen sus fuerzas, y cuando vuelve á Zacatecas, en compañía del segundo, el pueblo lo recibe en triunfo lo arranca del interior del carruaje, y lo lleva en brazos al palacio. La ovacion fué tan plena como tan espontánea. El Sr. Degollado lo nombra comandante militar de los Estados de Zacatecas, San Luis, Aguascalientes y Durango. Mas tarde lo nombra general de brigada: el Sr. Ortega no acepta el nombramiento y devuelve el despacho.

El Sr. Ortega ha hecho sus mas brillantes campañas sin tener grado alguno militar, y ante él han venido á nulificarse las mas altas reputaciones del ejército reaccionario.

Muy corto fué el intérvalo de tiempo que se necesitó para la ocupacion de Zacatecas. Retirado el Sr. Ortega á Aguascalientes despues de la derrota de Salinas, perseguido hasta aquella ciudad por el enemigo, tiene que abandonarla internándose al Estado de Jalisco. El enemigo fracciona sus fuerzas y el Sr. Ortega marcha sobre Aguascalientes y solo en fuerza de su audacia recobra la ciudad, trece dias despues de la derrota del 13 de Marzo.

Estas alternativas duraron algun tiempo: el enemigo abandonaba hoy lo que habia de recobrar mañana, y que poco despues tenia que perder de nuevo. Pero la reaccion agonizaba y la predominancia del partido liberal se marcaba cada vez mas.

El Sr. Uraga invita al Sr. Ortega para una conferecia. Ambos gefes al frente de sus respectivas fuerzas llegan al mismo punto y sin discrepar un minuto á la Hacienda del Carro. La conferencia dura un momento y pone Ortega sus fuerzas á las órdenes del Sr. Uraga y unidos marchan sobre Zacatecas y lo ocupan. El Sr. Uraga sigue en persecucion de Ramirez.

El 24 de Abril se dió la brillante accion de Loma Alta: terrible prólogo de la no interrumpida série de batallas perdidas por la reaccion, que terminó al fin por la ocupacion de la ca-

pital. Allí quedó prisionero un ejército entero con su gefe D. Rómulo Diaz de la Vega.

Entre tanto el Sr. Ortega arbitraba recursos.

VII.

Imposible nos es seguir á la revolucion en todas sus faces nos limitamos, pues, tan solo á apuntar ligeramente los sucesos que tienen relacion con nuestro objeto y dejamos á la historia los detalles de esa revolucion tan fecunda en rasgos heroicos y tan llena de episodios temibles. La revolucion de 57 tiene una historia que no es solo la suya: es la del continente américano, es la de la humanidad que lucha con los errores viejos, y se emancipa y se mejora.

Despues de rápidas é inesplicables marchas, el Sr. Uraga cae como un torrente sobre la plaza de Guadalajara: allí la victoria era suya no se la arrancó el enemigo: mas desgraciadamente cae herido y queda prisionero. Sus fuerzas se retiran á Zayula,

El Sr. Ortega que tenia en su poder á los prisioneros de Peñuelas propone á Miramon el cange del Sr. Uraga: Miramon no acepta. Esta accion que todos han reprobado al gefe reaccionario á nosotros nos parece muy sencilla, muy natural. El Sr. Ortega proponia un absurdo, y Miramon que conocia á los suyos los pintó y los caracterizó con su negativa: el ejército reaccionario entero no valia lo que un gefe liberal.

Ortega grande y generoso como su partido pone en libertad á los prisioneros, suministrándoles recursos sin restriccion alguna.

Miramon toma entre tanto posiciones frente á Zayula; Ramirez con su brillante division marcha á unírsele.

El Sr. Ortega con la division que ha organizado sale al encuentro de esas mismas fuerzas que lo habian derrotado en Salinas. Coloca sus infanterías entre los Estados de San Luis y Aguascalientes y al frente de 600 caballos se presenta ante el enemigo. Entonces comenzó ese horrible combate, sostenido, sin intervalos y prolongado en un espacio de 40 leguas La caballería liberal quedó destrozada, pero el enemigo no obtiene ventaja alguna.

Por fin el enemigo se situa en la hacienda de Peñuelas el 14 de Junio de 1860: El Sr. Ortega prenocta en Aguascalientes. Dígamos algo sobre los combatientes.

Ramirez el gefe reaccionario manda una divicion compuesta de los cuerpos veteranos del ejército, soldados victoriosos en todas partes, que acababan de derrotar en la Flor á las fuerzas de Durango y Nuevo-Leon, y que ya otra vez, en Salinas, habian vencido á las fuerzas de Zacatecas. Su artillería es brillante y de grueso calibre.

Las tropas de Zacatecas colectícias, nuevas, casi indisciplinadas no cuentan mas que con su decision y con el valor de su gefe. Su artillería se compone de una sola pieza, la que se inutilizó al principio del combate. Mas aun, su fuerza es inferior en número á la del contrario.

El triunfo del ejército reaccionario era pues indudable, y allí iba á perderse otra vez el prestigio, la fuerza moral y el tren de guerra. Despues del glorioso revez de Guadalajara la pérdida de otra accion de guerra era de fatales consecuencias para la causa.

El Sr. Degollado lo comprende así y previene, por medio de repetidos estraordinarios, al Sr. Ortega, que no compromete accion alguna y que se retire. Pero Ortega tiene el instinto de la gloria, y la intuicion del triunfo que hace descollar á los

héroes. Desobedece las órdenes del general en gefe, mas aun, prohibe que se abran los pliegos que lleguen del cuartel general. Quiere hasta ignorar las prevenciones del que podia darlas para seguir solo su inspiracion y cargar la responsabilidad entera de lo que iba á pasar.

Decidido á dar la batalla, comunicó en la noche su plan al Sr. Avila, gobernador de Aguascalientes, y dió sus órdenes al Sr. general D. Francisco Alatorre.

El dia 15 de Junio de 1860 al despuntar apenas la aurora, tres hombres montados en magníficos caballos llegan galopando á las orillas de Peñuelas. Uno de ellos reconoce con su anteojo el campo que tiene enfrente, y volviéndose hácia los que lo acompañan les dice:

—¿Quien de vdes. conoce el terreno?

—Yo, responde uno de ellos.

—Pues bien tendido el enemigo en batalla dándonos el frente, por cual de sus flancos podria dársele una carga de caballería.?

—Por ninguno; los bayados y los barrancos lo estorban completamente.

—No importa, nos queda la retaguardia y aunque el enemigo ha elegido su campo ventajosamente le daré la batalla.

Y se vuelve con ellos por donde habia venido comunicándoles rápidamente sus órdenes.

Ese hombre que aquel dia iba á consumar uno de esos hechos inauditos, héroicos, casí fabulosos conquistando un nombre nacional era el C. Jesus Gonzalez Ortega: lo acompañaban el general D. Francisco Alatorre y el coronel D. Miguel Auza

Minutos despues se rompen los fuegos. Las infanterías constitucionales sufren el fuego de la artillería enemiga sin poder contestarla porque no hay una sola pieza en sus filas; pero sigue avanzando, porque á su frente vá su gefe audaz, y tranquilo en medio de la metralla. Desde el principio de la ac-

cion la caballería se ha separado del grueso de la divicion y se dirige, dando un largo rodeo, al otro lado de Peñuelas: la manda el coronel Castro.

La lucha sigue durante dos horas y media, terrible, encarnizada y enteramente desigual. Pero en las tropas constitucionales hay el arrebato que inspira una santa causa, y estan llenas del entuciasmo que les comunica su gefe.

Este es conocido por el enemigo y al momento le dirigen sus mejores punterias: las balas de cañon pasan algunas líneas de su cabeza ó abren profundos surcos en la tierra á los piés de su caballo: pero el héroe de Silao y Calpulalpam no podia morir en Peñuelas.

Vé Ortega plenamente empeñado el combate, se separa de las infanterías, alcanza sus caballerías y las lanza sobre la retaguardia del enemigo. En el mismo instante las tropas liberales caen sobre la artillería se apoderan de ella, se lucha ya personalmente y con la bayoneta, y la batalla se decide al fin: la victoria coronó al ejército constitucional apesar de la inferioridad de su número, de sus armas y de su disciplina.

Y las tropas reaccionarias supieron tambien cubrir de gloria su derrota, porque al sucumbir pelearon como unos bravos. Batallones enteros quedaron prisioneros formados en su línea, sin haber retrocedido un paso: los soldados descansando sobre la culata de los fusiles sin tener un cartucho mas que quemar: los oficiales muertos en sus puntos teniendo algunos de ellos empuñada aun en su crispada mano la bandera que se les confiara. ¡Defensores dignos de una causa mejor!

Trenes, armas cañones y ambulancias quedan en poder del ejército constitucional: cuerpos enteros, infinitos gefes y oficiales, todos quedan prisioneros.

El Sr. Ortega manda levantar el campo, hace conducir los cadáveres de los gefes y oficiales á Aguascalientes, donde por su órden, se les da sepultura con toda la pompa militar que

la ordenanza concede á los generales de Division. Entre esos cadáveres estaba el del coronel reaccionario D. Florentino Muñoz.

Y no hacemos esta mencion sin objeto: queremos consignar aquí uno de esos episodios que pintan perfectamente á los dos partidos contendientes.

En el desastre de Salinas, el Sr. Sanchez Roman hermano político del Sr. Ortega murió en el campo combatiendo en una de las filas, y su cuerpo quedó tendido en el campo y en poder del enemigo. Don Florentino Muñoz que se hallaba entre los vencedores, recogió el cadáver y lo condujo á Salinas. Allí en lugar de recibir honores fúnebres, aquel cuerpo mutilado fué colocado desnudo sobre una mula y paseado por las calles como un objeto de irrision y burla. Este rasgo es característico al partido que consumó los asesinatos de Tacubaya, y que mas tarde, en nuestros dias, habia de cometer en la persona de Ocampo, esa infamia sin nombre que reprueba altamente la sociedad entera.

Otro episodio mas.

La Villa de Nochitlan estaba cubierta por algunas fuerzas al mando de D. Ignacio C. Dávila. Este Sr. era hermano político del Sr. Ortega, su amigo de infancia, su compañero inseparable en la juventud, sin que ningun interés, ni ódio político alguno hubiesen entibiado jamas el fraternal cariño que ambos se profesaban.

La Villa de Nochistlan se pronuncia por el plan de Tacubaya, toma la poblacion las armas, y el Sr. Dávila queda de gefe del movimiento reaccionario.

A punto que llegó á noticia del Sr. Ortega, puso tropas á las órdenes del Sr. D. Refugio Vasquez, y manda á este para que ocupe á viva fuerza la plaza, previniéndole que al punto que aprehendiera á Dávila lo pasara por las armas. Efectivamente Nochistlan fué tomado y el hermano político del Sr.

Ortega, el desgraciado Dávila quedó muerto en el campo de batalla.

El Sr. Vazquez habia algunos meses antes intentado la pacificacion de aquellos pueblos, ofreciendo á los reaccionarios toda clase de garantías. Aquellos esfuerzos fueron inútiles y algun tiempo despues tuvo que marchar por segunda vez con la fuerza que mandaba el coronel D. Antonio Santiago, y sin gravar á los habitantes concluyó la campaña consiguiendo al fin reponer á las autoridades liberales, dando un amplio perdon á los disidentes. Tanto afan, tanto trabajo y tanto sacrificio, fueron otra vez mas perdidos, y el Sr. Vazquez marchó por tercera vez sobre aquellas poblaciones rebeldes, teniendo que recurrir como acabamos de ver, y segun las órdenes que habia recibido del Sr. Ortega, á medidas llenas de energía y justicia. Así destruyó aquel foco de males con que la reaccion asolaba constantemente á las poblaciones limítrofes. Cuando comunicaba verbalmente al Sr. Ortega el resultado de la espedicion, este señor preguntaba cuál habia sido el fin de su hermano político, el Sr. Vazquez le contó su muerte. El Sr. Ortega dijo que si hubiera sido Dávila hecho prisionero y pasado por las armas, él habria llorado sobre su tumba; pero habria tambien aprobado lo hecho.

Es imposible pintar la energía, la heroicidad, el respeto á la ley y el patriotismo lleno de ardor que significa este rasgo del Sr. Ortega. Y tanto mas cuanto que no habia en esas medidas de terror, el ódio del partidario hácia su enemigo: cuando se trataba de asegurar el triunfo de los principios y la pacificacion de la República, sabia normar sus medidas con las exigencias de la situacion: así lo probó en el siguiente acto, y en otros varios en que con su generosidad aseguró el triunfo de la revolucion.

Otra vez propone el Sr. Ortega á Miramon el cange del Sr. Uraga por los prisioneros de Peñuelas, y el gefe reaccionario no acepta: ¿cómo encuentra servidores el partido conservador?

El Sr. Ortega sin embargo los reune y les manifiesta el estado lamentable que guarda la República desolada por la guerra civil. Los despide por último y ministra recursos para su marcha. Los oficiales prisioneros, al menos muchos de ellos, se conmueven, protestan á su generoso vencedor que irán á encerrarse en sus círculos domésticos á buscar un pan para sus

familias, y parten para México. Pocos dias despues todos ellos militaban bajo las órdenes del mismo Miramon que tan altamente los habia despreciado. Tales soldados no podian sostener á ningun gobierno.

El Sr. Ortega vuelve á Zacatecas y Miramon se retira de Zayula, impotente ante las tropas liberales y se coloca en Lagos para estorbar que el vencedor de Peñuelas ocupe á Guanajuato.

Antes de un mes sale el Sr. Ortega de Zacatecas con sus mejores tropas, su artillería y la que ha quitado al enemigo. Dá parte al Sr. Degollado que se hallaba en su cuartel general de San Luis, que dentro de pocos dias daria una batalla desiciva, pues marchaba sobre Lagos donde se encontraba Miramon.

El Sr. Degollado que teme ya que un nuevo azar haga retroceder á la revolucion todo lo que ha avanzado, le previene que no emprenda la campaña y que permanezca en Aguascalientes. El Sr. Ortega insiste sin embargo en su plan, suplica al Sr. Degollado le permita obrar con libertad, y marca sobre todo en su comunicacion que los elementos de guerra que tienen las tropas que militan á sus órdenes son sacados de Zacatecas unos y otros botin del enemigo sin que haya recibido ni un cartucho, ni un fusil del gobierno de Veracruz. El Sr. Degollado accedió y Ortega se dirige sobre Lagos.

Entonces se ponen á sus órdenes el general Carabajal y el Sr. Doblado. Este señor pregunta sin embargo al gobernador de Zacatecas cual es su plan de campaña.

—Pelear donde y como quiera el enemigo, contestó el Sr. Ortega.

Miramon abandona á Lagos y retrocede para Guanajuato. Esa cuarta retirada opacaba ya mucho su brillante estrella, que tanto habia incensado la prensa conservadora.

El Sr. Ortega ocupa á Lagos y allí da una organizacion provisional al ejército. Una de las divisiones queda al mando del general Alatorre, la otra al del general Lamadrid y la caballería á la del general Carbajal. El Sr. Zaragoza es cuartel maestre del ejército. Los Sres. Doblado y Berriozabal permanecen en el mando de sus respectivas fuerzas. El Sr. Ortega aunque era un simple particular, sin tener grado alguno militar, queda mandando en gefe.

VIII.

Miramon establece su campo en Silao, el ejército liberal avanza sobre esta poblacion y el dia nueve de Agosto se avistan ambas fuerzas.

Por la primera vez iban á encontrarse los dos hombres mas notables de los dos partidos contendientes. Miramon que solo ante lo imposible retrocedia, como en Veracruz, y solo despues de intentarlo se habia retirado, Miramon que personalmente jamas habia sido derrotado, y cuya posicion difícil solo era causada, fuera de la impopularidad de su partido, por las derrotas de otros gefes, Miramon, con todo su prestigio de audacia, valor y conocimientos militares, con buena artillería y mejores soldados, iba á luchar cuerpo á cuerpo con él vencedor en Durango, Aguascalientes, Zacatecas y Peñuelas, con el que habian proclamado los suyos valiente entre los valientes, aunque jamas habia pisado una escuela de táctica ni un colegio militar.

Y esa lucha homérica iban á presenciarla no solo algunos miles de hombres, sino los Estados, la nacion entera que conocia hacia dias sus preparativos, que iba á saber sus pormenores y sobre todo á palpar sus resultados. Era un reto de vida ó de muerte, donde iba á decidirse la suerte de una República, cuyas leyes, cuyos derechos se habian quemado en los cartuchos, cuyos campos estaban regados de sangre y rui-

nas y cuyos hijos apenas podian ya alzar al cielo pidiendo paz sus brazos canzados de luchar.—El combate debia ser pues solemne y terrible.

El Sr. Ortega reconoce el campo enemigo en la tarde del mismo dia 9, toma posicion en el suyo y permite que el gefe contrario la reconozca á su sabor.

Llega la noche y rápidamente hace que el Sr. Zaragoza cambie la posicion de la artillería y de las caballerías, y las tenga dispuestas á hacer un movimiento en la madrugada. A la una de la noche recorre con el señor cuartel maestre el campo, le deja disponiendo sus baterías, y él, atravesando unas llanuras pantanosas, mueve todas las infanterías.

Todo el ejército liberal protegido por las sombras de la noche se colocó frente al enemigo sin que esto lo sintiere. Desde entonces quedó este derrotado.

Al amanecer el dia 10 se rompen los fuegos por ambas partes. El sol á su salida debia alumbrar la mas espléndida de las victorias.

Manda el Sr. Ortega que se formen dos fuertes columnas: llevando una á su frente al Sr. Alatorre, y la otra al Sr. Zaragoza. Esta última compuesta por la division de Zacatecas se descompone por el fuego que sufre impunemente de la artillería enemiga. Entónces el Sr. Ortega manda desplegar las banderas de los cuerpos, y con aquella voz que el soldado ha aprendido á oír en medio del estruendo del cañon habla á las tropas con entuciasmo, y descubriendo su cabeza, en medio de la metralla que volaba por todas partes, victorea á la libertad y á la constitucion de 57. Los soldados prorrumpen en víctores á su gefe y se lanzan sobre el enemigo.

Trece minutos despues Miramon el invicto, el estratégico, que desde el principio de la accion no comprendió los movimientos del ejército liberal, queda completamente derrotado y los gefes constitucionales tremolaban sus banderas en el

campo enemigo. Trenes, artillería, equipajes y millares de prisioneros quedan en poder del Sr. Ortega.

Estos prisioneros, otra vez mas, son puestos en libertad.

Despues de un triunfo tan espléndido, el Sr. Ortega entrega todas las fuerzas al Sr. Degollado, quien ha establecido su cuartel general en Guanajuato, y quien forma dos cuerpos de ejército haciendo al primero general en gefe de ambos.

Las fuerzas avanzan hasta Querétaro; mas la estacion hace impracticables las operaciones en el valle de México. Habia ademas un cuerpo de ejército reaccionario bastante respetable aun en Guadalajara y era preciso destruirlo antes de sitiar la Capital.

De acuerdo con el Sr. Degollado, las fuerzas retroceden y se dirigen para Guadalajara.

Pero la marcha es penosa, y los víveres y forrajes escasean cada vez mas: fué preciso pues fraccionar el ejército y diseminárlo en todo el tránsito.

Por fin el general Regules ocupa el Puente de Tololotlan, hasta donde avanza el Sr. Ortega, dejando al mando del Sr. Zaragoza el grueso de las fuerzas. Allí recibe la noticia de que el enemigo habia salido de Guadalajara con cinco mil hombres y treinta piezas de artillería. Manda entónces al general Castro para que con 400 caballos reconozca las fuerzas contrarias.

Deseando el Sr. Ortega hacer por sí mismo el reconocimiento se dirige tras el Sr. Castro acompañado de su estado mayor y de su escolta. Al momento de su llegada se encuentra con que la caballería es envuelta por los reaccionarios.

Era preciso pues salvarla, tanto mas cuanto que su pérdida importaba la de las fuerzas liberales colocadas mas atraz, pues si el enemigo triunfaba de la primera batiría á las otras en detall y una á una.

Y en aquellos momentos la avanzada estaba casi perdida.

Manda entónces al coronel Rey que coloque la escolta entre unas milpas dejando ver solamente los schacos y las puntas de las lanzas y avanze cuando observe que hacen un movimiento las fuerzas de Zacatecas.

Penetra el Sr. Ortega entre los fuegos y hace que sus fuerzas retrocedan simultaneamente. Los gefes creen que esa retirada es la derrota, pero el general en gefe insiste y personalmente hace ejecutar el movimiento, y al mismo tiempo Rey hace lo que se tenia mandado.

El enemigo cree que se le prepara una emboscada que hay fuerzas superiores aciá el lado de los sembrados y retrocede á su vez. Las fuerzas que estaban tan sériamente comprometidas se salvan.

El Sr. Ogazon que se hallaba en Sayula no pudo auxiliar los primeros movimientos de aproximacion del ejército federal, porque los ignoraba, pues los estraordinarios que se le habian enviado, dándole parte de ellos, fueron interceptados.

El Sr. Ortega quiso evitar los desastres de un sitio á la importante ciudad de Guadalajara, y solicita una conferencia con el gefe enemigo. Se efectua en efecto y el general en gefe del ejército liberal, hace toda clase de conseciones en cambio de la entrega de la plaza ménos los que importan la barrenacion de los principios fundamentales de la causa que defienden: Pero el enemigo quiere la destruccion del código de 57 y de las leyes de reforma; el Sr. Ortega se niega é intima la rendicion de la plaza.

Comienzan los trabajos del sitio, y el general en gefe los activa creando todos los elementos de guerra indispensables para la toma de la plaza, procurándose recursos para las numerosas fuerzas que estan á sus órdenes, y estas fatigas las soporta estando atacado ya de las gravísimas intermitencias que lo postraron al fin en el lecho, de donde tuvo que salir para animar con su presencia á las tropas sitiadoras, á las de Zaca-

tecas sobre todo, entre las cuales corria la voz de que su gefe habia sido gravemente herido.

Cree por fin que le es imposible ya continuar dirigiendo las operaciones militares, y despues de la tenaz resistencia que le opusieron Doblado, Ogazon, Huerta, Arramberri, Valle y Zaragoza, á este último entrega el mando, el dia 21 de Octubre de 1860.

El dia 29 se dá por el ejército liberal el honroso y brillante ataque de la plaza, quedando tomados hasta los reductos de Sto. Domingo. La mortandad fué horrible, porque la ciudad estaba tambien valientemente defendida, sus fortificaciones eran notables por su perfeccion, y su artillería de muy grueso calibre. Minando y derribando manzanas enteras avanzaban los sitiadores; mas no bien caia la última pared se encontraban frente á una trinchera que habian improvisado los sitiados. Guadalajara conservará por mucho tiempo las huellas de aquel sitio, sostenido solo por el inútil y tardío capricho de algunos fanáticos partidarios de una causa perdida ante la opinion y ante las luces de la reforma. Los habitantes que se habian salido huyendo, dificilmente encontrarian á su vuelta las huellas, la demarcacion siquiera de sus casas, arrasadas por el cañon hasta sus cimientos.

El Sr. Zaragoza comunicó al Sr. Ortega la noticia del ataque del 29.

El general en gefe dá órden al Sr. Zaragoza que ocupe á toda costa la plaza, sin economizar ya sangre. El sitio se prolongaba demasiado y era preciso concluir. Pero el parque estaba ya agotado y en aquellos momentos se celebraba un armisticio.

Ese tratado lo conoce el país entero: mientras se arreglasen las bases de la capitulacion, las tropas sitiadas debian alejarse de la ciudad, mientras que los sitiadores se retirarian por su parte: si pasado cierto término no se aceptaban las bases propuestas cada uno ocuparia sus posiciones antiguas.

Era suma habilidad y astucia obtener esas suspension de fuegos cuando Márquez venia á socorrer á los sitiados. El resultado de ese tratado era la infalible derrota del gefe reaccionario que venia desde México en la creencia de que rompiendo la línea entraria á la plaza y la salvaria.

Y sin embargo, en el campo liberal reinan la divicion y el desacuerdo, y la palabra *traicion* resonaba por todas partes. Fué preciso que el Sr. Ortega ratificara y apoyara los convenios para que estos se llevaran á cabo.

El célebre Márquez, fué absolutamente derrotado en Calderon y sus tropas quedaron hechas pedazos. El mismo pudo escapar con algunos gefes recurriendo á una mentira casi oficial, asegurando que venia en conferencias de rendicion con el gefe de las fuerzas liberales.

Los sitiados entre tanto faltaron á las bases del convenio, y la plaza fué entonces definitivamente ocupada por los sitiadores.

El Sr. Ortega fué conducido en una camilla al Teul: se temia por su vida, y creyeron los que estaban á su lado que solo cambiando de residencia se podria obtener su curacion.

Allí recibió el nombramiento de general en gefe del ejército liberal, y el despacho de general de Brigada.

Se restablece al fin y parte para ponerse al frente de las tropas que se dirigian ya para la capital de la República. Se reune a ellas en Arroyo-Zarco.

Entretanto habia sufrido la avanzada liberal su fuerte descalabro en Toluca, y alentado Miramon por el buen éxito de su tentativa sale de la capital con todas las tropas que pudo reunir de las inmediaciones y haciendo venir las del Oriente.

Pero el ejército liberal se estendia por todas partes como una inmensa serpiente que estrechando sus anillos amenazaba ahogar al terrible coloso de la reaccion. La hora supremá del triunfo de la libertad iba á sonar ya.

El Sr. Ortega recibe de México el oportuno aviso de la sa-

lida de las tropas reaccionarias, y se dispone á recibirlas sin llamar á su lado á las muchas fuerzas que recorrian aislada el Valle de México y el Estado, y cuyo número era superior á las del interior que habian pasado ya de Arroyo-Zarco.

Concurrieron á la accion al lado del general en gefe los generales Zaragoza, Valle, Aramberri, Lamadrid, Antillon, Blanco y Alvarez: este último quiso prestar sus servicios aunque sin colocacion militar, pues ninguna admitió.

En la mañana del dia 22 de Diciembre se rompieron los fuegos. La línea que ocupaban ambos ejércitos era inmensa. Ortega ocupa el centro, el Sr. Zaragoza la izquierda teniendo á su frente la ala derecha del enemigo, adonde tiene este sns mejores tropas.

A los pocos momentos queda todo el campo envuelto en humo y la metralla abre profundos claros en las líneas. El Sr. Ortega manda al Sr. Zaragoza casi todas las fuerzas quedándose solo con la division de Zacatecas, nueve piezas de artillería y ochocientos caballos tendidos en uno de sus flancos.

Entre tanto el general Zaragoza está próximo á ser envuelto. Miramon colocado en la colina á cuya base está la presa de la Goleta, hace sus últimos esfuerzos por arrancar otra vez mas á la victoria uno de aquellos para él fáciles triunfos que le habian dado tanto nombre entre los suyos.

El general Alvarez es el primero que nota el peligro que corre la ala izquierda del ejército liberal, y lo comunica al Sr. Ortega: este Sr. dándole su magnífico anteojo, le suplica que rectifique el hecho. El Sr. Alvarez lo hace así y confirma lo que antes habia dicho.

El Sr. Ortega manda al momento al general Alatorre que

forme una columna con todas las infanterías de la division de Zacatecas, hace que los artilleros arrastren á brazo las piezas y previene al general Mena, que manda las caballerías, que en el acto que se mueva la columna marche protegiendo su flanco derecho, para que cargue sobre el enemigo tan pronto como se le comunique la órden.

El mismo general en gefe se pone al frente de la columna y la hace marchar á paso de carga sobre la ala izquierda del enemigo. Esta, compuesta de las infanterías de la division Velez y brigada Cobos ocupaba unos potreros con cuyas cercas se habia improvisado sus reductos.

Y sin embargo, la columna avanza á pecho descubierto hasta colocarse á diez ó doce varas del enemigo. Manda el Sr. Ortega romper los fuegos, la línea se incendia por todas partes el estruendo de la artillería llena aquel inmenso espacio que ciñen las montañas vecinas y el campo queda regado de cadáveres. El enemigo vaciló en su brillante posicion.

Pero la caballería no se mueve segun se tenia previsto. Manda el Sr. Ortega uno, dos, tres, hasta seis ayudantes para que la hagan avanzar, pero la caballería permanece en su puesto. Al fin manda el general en gefe al Sr. general D. Benito Quijano que prevenga á Mena que lo mandará fusilar sino cumple las órdenes que se le han comunicado. Pero el Sr. Mena no es el culpable, y apenas oye tal prevencion, la caballería, cuando huye á galope ácia un cerro inmediato.

El Sr. Ortega al ver esto se lanza entre ambos fuegos en seguimiento de los que huyen, alcanza cosa de doscientos caballos, se interpone entre los dragones para obligarlos á que hagan alto y habla á un sargento, preguntándole si obedece ó no á su gefe. Al momento lanzan los soldados un grito de entuciasmo, victorean á su general, lo siguen y cargan por el flanco derecho de la division de Zacatecas.

Esta, que se estaba batiendo hacia algunos minutos á quema

ropa con el enemigo, reconoce á su gefe, y carga tambien á la bayoneta conducida por el valiente general Alatorre.

El Sr. Ortega manda entonces decir al Sr. Zaragoza que haciendo uso de su notorio valor se sostenga algunos minutos mas. Para ir á reforzarlo tiene que recorrer el campo; pues vá á hacerlo arrollando al enemigo, para no tener á su espalda mas á quien combatir.

Queda en efecto trece minutos despues completamente destruida la ala izquierda del enemigo quedando en poder de los nuestros sus cañones sus trenes y quinientos prisioneros.

El Sr. Ortega despues de haber derrotado aquellas fuerzas ataca rápidamente el centro por uno de sus flancos; manda á Valle, quien se le presenta en aquellos momentos, que ordene al general Alatorre organize de nuevo la columna de la division de Zacatecas, que á paso veloz cargaba á la bayoneta, para que ataque por uno de los flancos: al general Antillon, por conducto del Sr. Blanco, lo hace avanzar con su brigada en columna sobre otro de los flancos. El Sr. Ortega queda defendiendo las piezas con unos cuantos soldados, casi con los mismos prisioneros.

El centro del enemigo queda tambien hecho pedazos, y los soldados que minutos antes eran aun la única esperanza de la reaccion victorean á la libertad y al general Ortega, incorporándose en las filas liberales.

El general Ortega que batiéndose ha recorrido un medio círculo de mas de media legua cae como un torrente sobre la retaguardia enemiga al mismo tiempo que los generales Zaragoza, Aramberri, Lamadrid y Regules cargan con valor sobre el frente del ejército reaccionario. Este quedó enteramente destruido.

Miramon solo llegó á la capital, dando el primero y verbalmente á los suyos el parte de su completa derrota.

Acababa de consumarse la revolucion. Sacrificios, sangre derramada, nada habia sido inutil. Con la victoria de Calpulalpam se anunciaba al fin una era de paz, un porvenir de civilizacion y mejora para la República.

El país lo creyó así entonces, y como un eco al último ca-

ñonazo disparado por la reaccion contestó con un grito de victoria. No contaba con los especuladores de las revoluciones.

Hemos conducido al lector casi por todos los ámbitos de la República donde se quemaba un cartucho por la defensa de la libertad. Lo hemos hecho presenciar desde el oscuro combate del guerrillero hasta la mas espléndida victoria del héroe.

¿Lo pasearemos tambien por esas calles de la capital regadas con flores, tapizadas con cortinas, cortadas con arcos de triunfo bajo los cuales pasan veinticinco mil valientes en medio de las aclamaciones de un inmenso pueblo, llevando en sus cabezas, en sus bayonetas, en sus cañones las coronas de laureles que les arroja á su paso una poblacion entuciasmada á la vista de sus libertadores?

Esa embriaguez á pasado por desgracia demasiado pronto. Aun se vierte de nuevo sangre mexicana en la horrible lucha que dejenerada en asesinato sostiene aun el partido caido en México. La sangre de Ocampo, Degollado y Valle está allí protestando contra las pasadas glorias, y acusando á los que dejaron incompleta la obra.

Apesar de haber formado parte del gabinete que reporta tan terrible acusacion el Sr. Ortega no lleva sobre sí la mancha indeleble con que han quedado marcados esos hombres ante el fallo del país.

Dueño absoluto de la situacion, poderoso por sus triunfos, por sus numerosos soldados y por el prestigio de que venia rodeado, ni un momento pensó siquiera el Sr. Ortega en tornar á favor suyo las ventajas del triunfo.

Por el contrario apenas ocupó la capital, invitó al Sr. Juarez para que viniera á tomar posicion del poder. Y no porque le faltaran sugestiones; las hubo y muy fuertes invitándolo á que empuñara las riendas del mando. Pero el Sr. Ortega jamas ha pensado en la usurpacion: demócrata y buen patriota solo sabe acatar la ley y la legalidad. Publicó las leyes de reforma y su célebre decreto dando de baja al ejército, que hizo que se cumpliera enteramente.

La posteridad, no los hombres de hoy, juzgaran bajo su punto de vista lo que vale ese hombre que en este país, donde solo impera el sable, despues de conducir á veinticinco mil soldados en cien victorias peleando por una idea, despues de alcanzada la última, los hace deponer las armas, rendirlas ante esa misma idea, borrando para siempre la maldita huella de usurpaciones militares que forman la historia de nuestros cuarenta años de guerra civil.

Juarez llega al fin y al momento el Sr. Ortega se desprende del mando, depone las facultades omnímodas de que estaba investido, y renuncia el despacho de general.

La sola consignacion de estos hechos es una ovacion.

Y sin embargo los que profundamente conocen el personal de nuestros hombres públicos y el del gobierno de Veracruz, calculaban la serie de males que iban á venir por no aprovechar los momentos tan preciosos que se presentaban para regenerar al país, y reprochaban al Sr. Ortega que pusiera la suerte del país en manos de los que debian perderlo. La profesía se cumplió mas tarde, pero el vencedor de Calpulalpam obsequió la ley y el deber.

Mas aun. En los momentos de su entrada á la capital, las oficinas estaban cerradas y no habia un solo empleado. El Sr. Ortega no quiso nombrarlos por sí.

Deseaba que el presidente Juarez creara él mismo la situacion de que se iba á rodear para que jamas pudiera disculparse con que otro la habia formado, y fuera de este modo el único responsable ante la nacion y ante la posteridad de sus actos todos.

Y ese hábil y prudente cálculo del Sr. Ortega no es tan fácil de realizar como á primera vista parece. Los que conocen la furiosa empleomania de que están atacados los mexicanos comprenderán las aspiraciones, íntrigas y resortes que se harian valer para alcanzar algo del hombre que era en aquellos momentos el árbitro y señor de todo.

Se dió al Sr. Ortega la cartera de Guerra.

Dos palabras narran sencillamente la historia de su permanencia en ese ministerio.

Apesar de que comprendió al momento que iba á gastar allí su popularidad tomó participio en aquel gabinete para dar al gobierno toda la predominancia y vigor que nunca habia tenido y solo entonces tuvo el poder civil.

Salió de ese gabinete, para probar que tenia en mucho la opinion pública que clamaba por el cambio apesar de que sabia que no era contra el salvador de las instituciones esa terrible grita.

Salió porque en conciencia no era ya posible seguir siendo cómplice de tanto desacierto, casi podemos decir de tanto crímen.

Hoy el héroe de Peñuelas y Silao convertido de nuevo en guerrillero recorre nuestras montañas en persecucion de los bandidos que asolan de nuevo al país y asesinan á los honrados patricios: vá en pos del peligro oscuro y sin aliciente, solo por amor á su patria. Lo que le paguen los hombres de hoy en ingratitud la posteridad le compensará en gloria.

Hemos concluido. Si hay acaso demasiada pasion en lo escrito á favor de un contemporáneo, nos consuela pensar que nuestros hijos juzgarán lo mismo que juzgamos hoy, porque partirán de hechos y los que contamos están severamente llenos de verdad: cuando se tiene semejante conviccion y ademas la conciencia íntima de que no se escribe con un interés personal, no se avergüenza el biógrafo si arrastrado por el valor del personage ha declinado á ser encomiador.

Lo que sinceramente sentimos es no haber podido hacer resaltar en toda su luz á tanto héroe como se levantó en los momentos de la lucha. Pero hubieramos tenido que ser demasiado difusos para presentar en nuestro cuadro con sus líneas mas resaltantes á todos esos valientes demócratas en que fué tan fecunda nuestra revolucion.

Pero no importa la omision. México conserva sus nombres con gratitud, y la historia les guarda la inmortalidad.

FIN.